

III

Desesperación, esa es la palabra clave de esta escena.

Ella trató de mantener con vida a los condenados durante todo el tiempo que les fuera posible, y fue esa misma sensación la que condujo a todo cazador a perseguirles a lo largo de toda la playa.

—¡No nos queda mucho tiempo! ¡Apresúrense! —exclamó un guerrero de alto rango a todos los soldados que se encontraban a su alrededor, y las mismas palabras se trasladaron de boca en boca a cada esquina del litoral.

En cumplimiento del mandato, cientos de ellos arrastraron a todo cadáver condenado o bien cargaron con sus cabezas o miembros descuartizados hasta colocarlos en estratégicos montículos contramarea, mientras que otros se encargaron de acomodar los despojos con intención de amoldar una barrera sólida y compacta que ascendía a tres metros de alto, altura que descendía hasta dos cabezas por encima de los soldados que comenzaron a formar un escuadrón por detrás de su conformidad. Una vez que cada montículo ubicado cada diez pasos se encontraba listo, sólo bastó con colocar por encima de sus ensangrentadas piezas varias sogas por pie de distancia una de otra, para luego realizar la misma labor de ambos laterales hasta formar redes de contención resistentes.

—¡Imbéciles! ¡Regresen! —gritó otro soldado a aquellos quienes no hicieron más que continuar asechando a sus víctimas. La codicia por las muertes nublaban sus juicios, a tal extremo que no prestaron atención a la orden directa ni mucho menos al importante anuncio del inminente cambio climático, el cual se palpaba en el aire; y en el momento en que la claridad diurna comenzó a opacarse, como quien cierra lenta y pesadamente sus párpados, se dieron cuenta del error que habían cometido. La insistente persecución les condujo a tramos lejanos mientras que, a sus espaldas, decenas de barreras de carne inerte y colmada de arena y secreciones varias se encontraban guareciendo a miles de guerreros, todos ellos unidos unos a otros de las caderas por fuertes nudos de soga y un enorme escudo circular sujetos a sus brazos.

Los rezagados ni siquiera lograron revelar sus presencias en la lejanía con el brillo de sus armaduras cuando la negrura absoluta de la noche se hizo presente, mientras que la incandescencia colectiva y aglomerada por detrás de las espeluznantes murallas se asemejó al sol en la tierra.

—¡Primera línea, al frente! —vociferó el líder cazador con una supremacía tal que logró hacerse oír a través de los portentosos silbidos de las repentinas ventiscas

huracanadas y, acto seguido, los cazadores que encabezaban al ejército dieron un paso al frente, colocaron sus escudos contra la muralla y aguardaron en aquella posición—. ¡El resto! ¡Testudo!

—Shield roof! (¡Techo de escudos!) —repitieron, en diversos idiomas, la orden impuesta para aquellos desconocedores del término militar romano y, rápidamente y en efecto dominó, cada línea colocó su pesada defensa por encima de sus cabezas hasta conformar decenas de bóvedas de hierro mellado y acero reforzado, privando a la luminosidad artificial de su libertad por debajo de su presencia y, al mismo tiempo, permitiendo que el viento azotara con vehemente insistencia cada uno de sus eslabones.

Pese a todo arrebatado asesino de la madre natura, aquel guerrero de más alto rango fue capaz de aguzar el oído ante la expectativa de quienes le rodeaban y, cuando sintió el cabalgar estruendoso del primer oleaje marino sediento de sepulcro, supo que la parte más tediosa de su trabajo había finalmente comenzado.

—¡Empujen! —gritó como una bestia colérica, con un estruendo que abarcó hasta casi la totalidad de su legión personal, y todos se aprestaron a ejercer presión sobre la masa compactada de cadáveres en el momento exacto en que la gigantesca ola arremetió contra ella. Tal fue la ferocidad de su repentino arrebatado que arrastró a sus espaldas a cada muralla hasta casi tres pies de distancia, y tal su tamaño que logró infiltrarse por encima de su defensa y recaer sobre aquella superficie de escudos con la potencia de cientos de escombros impulsados por catapulta—. ¡Resistan o no habrá recompensa! ¡Empujen con todas sus fuerzas!

Durante el transcurso de aquella turbulenta jornada nocturna, todos los guerreros ejercieron presión con toda la fuerza que fueron capaces de otorgar, turnándose entre ellos cada vez que la voluntad de un soldado de primera fila comenzaba a flaquear, y en cada momento que el brazo derecho se entumecía de tanto sostener su pesada protección, el izquierdo se encargaba de sopesar su carga y viceversa.

Aunque no todos los pelotones pudieron dar su mejor esfuerzo con eficacia.

Ante los constantes azotes marinos, algunos muros no pudieron evitar perder piezas prescindibles o fundamentales al desatarse sus contenciones burdamente amarradas, mientras que otras simplemente colapsaron y engulleron a las primeras filas, provocando que los soldados que quedaron a la deriva se apresuraran en deshacer el nudo que les unía al peso muerto de sus camaradas para guarecerse tras las murallas restantes. Las risas resultaron inevitables cuando la torpeza de un guerrero se interpuso a sus intentos por desamarrar el nudo que le mantenía unido a su compañero, el cual a su vez se encontraba ejerciendo todo esfuerzo demencial por intentar librarse de la exultante cantidad de despojos humanos que proclamaba la mitad de su cuerpo, y el jolgorio a ambos laterales se intensificó cuando otro impetuoso oleaje cayó sobre ambos como el puño de un gigante caído del cielo.

—¡Comandante! ¡Permiso para ir a defecar! —gritó un soldado raso del onceavo pelotón y sus compañeros, incluso el propio comandante, carcajearon ante aquella intromisión como quien intenta quitarle hierro a los acontecimientos.

—¡Denegado! ¡Hazte encima!

—¡No de nuevo! —Fueron insulsos entretenimientos como las bromas, las burlas,

las risas, los orgullosos cánticos, las plegarias e incluso alguna que otra apuesta los que mantuvieron sus espíritus firmes, hasta transcurrir poco más de la mitad de la noche en que todos sintieron, sobre sus agarrotadas extremidades, cómo la presión de las fuertes ráfagas comenzaba a debilitarse, de igual manera que los reiterados oleajes.

Ya sólo quedaba una oscuridad rotunda que muy lentamente fue desvaneciéndose, y el candor de sus armaduras fue suficiente para tolerar la temperatura polar y sus moderados vientos, hasta que toda penumbra pasó al olvido y dejó entrever una gran bóveda escarlata y plagada de estrellas, cuyas distantes luminiscencias cobraron vida a medida que la oscuridad se desangraba.

De esta manera, un nuevo día había arribado al reino de la muerte y, pese a la desbordante fatiga que recaía sobre todos ellos, aire de festejo fue lo que se respiró a lo largo de las costas de Kimalrad.

El triunfo reinó en los corazones de todo cazador allí presente, pues no sólo tenían abastecimiento de carne suficiente como para satisfacer el hambre y la gula por varias jornadas, sino que además todos habían adquirido un número considerable de muertes en su haber suficiente como para comprar armamentos más sofisticados, reparar los desperfectos de sus defensas, modificar sus armas y adherir ostentosos ornamentos a sus armaduras, o bien derrochar la culminación de sus esfuerzos en entretenimientos triviales y en la satisfacción de toda adicción o depravación una vez finalizado el servicio, mientras que los más sensatos ahorraban sus muertes con el fuerte anhelo de obtener un ascenso o una justa recompensa.

Quienes se encontraban satisfechos con dicha riqueza acumulada simplemente permanecieron recostados en la arena, prepararon fogatas, lavaron los cadáveres y las porciones predilectas para la preparación de abundantes banquetes, parlotearon y carcajearon a viva voz, se embriagaron con vino e hidromiel de sus cantimploras de pellejo y canturrearon tonadas características de sus propias costumbres, incluso algunos saciaron su perversa lujuria con el cadáver de algún hombre o mujer cuya fisonomía permanecía aún intacta; mientras que aquellos que deseaban incrementar aún más el caudal de sus muertes aguardaron pacientes al pie del moribundo oleaje, con intención de ofrecer una cálida bienvenida a todo náufrago condenado; incluso las aves carroñeras disfrutaron de tan apremiante festín picoteando rostros, arrancando globos oculares y bocados generosos de carne y piel humana arrebatada cual goma de mascar, y alguna que otra porción sanguinolenta resultó objeto de fuertes disputas entre sus semejantes a base de nerviosos aleteos, picotazos cual feroces estocadas y graznidos penetrantes.

En el transcurso de las horas, algunos grupos decidieron pasar el rato apostando una parte o la totalidad del capital adquirido del día anterior en competencias tales como quien tragaba la mayor cantidad de carne en el menor tiempo posible, quien soportaba más la injerta de alcohol casero o sangre ajena en su organismo y enfrentamientos a puño limpio; pero hubo un grupo en particular que logró captar la atención de gran parte de la multitud guerrera ante un espectáculo único, permitiendo que su influencia se expandiera en un gran círculo conformado por un gran público.

La apuesta de aquella congregación consistía en llevar a cabo la ejecución más

espectacular que se le pudiera adjudicar a un condenado vivo recién arribado. Quien lo consiguiera, obtendría un generoso porcentaje del pozo de muertes en su haber.

—¿¡Pero qué es lo que te ha ocurrido!? ¿Te encuentras bien? —preguntó un bufón con vestimenta de cazador al siguiente náufrago despellejado que había arribado a la costa en el peor momento posible, y aguardó impaciente a que este desahogara su repertorio de toces y arcadas que le permitieron expulsar el agua que obstruía su conducto respiratorio.

—¿Qué... qué ... qu... q... —Ningún guerrero del público pudo evitar contener la risa, aglomerando en su conjunto un bullicio estridente y confuso, mientras aquel bromista intentaba callar a las masas con una gran sonrisa cómplice y exagerados gestos con las manos.

—Descuida, ya te repondrás. Permíteme ayudarte —dijo con fingida preocupación, y colocó su brazo derecho por encima de sus hombros—. ¿Cómo te llamas?

—Ed... Edg...

—Pues bienvenido Ed... Edg... —esbozó aquel burlesco socorrista con voz entrecortada e intensa, como las asfixiantes arcadas de una sátira caricatura, y las risas de todos los agasajados continuaron su curso mientras trasladaba al condenado lentamente hacia las fauces de una muchedumbre hambrienta de espectáculo, establecido por un espacio cercado de arena despejada y decorada por una infinidad de trazos y salpicaduras sanguíneas; y aquel despellejado recién arribado, de profunda calvicie y extensa barba, contempló anonadado el espeluznante entorno a medida que avanzaba, y sus intentos por tratar de pronunciar una oración completa, o siquiera su nombre, desquebrajaron su raciocinio en mil pedazos—. ¿Por qué lloras? —Le preguntó su anfitrión al ver que cómo intensificaba su tartamudeo a base de un profundo llanto—. Relájate, esto terminará pronto. —Y una vez inmersos en el gran círculo rodeado por una infinidad de cazadores sedientos de sangre, el bufón empujó el cuerpo de aquel sujeto en su interior como quien arroja a un perro las sobras.

El despellejado se retorció en el suelo ensangrentado y lanzó fugaces miradas hacia cada punto cardinal, temeroso de todos los guerreros que le cercaban y no hacían más que mofarse de su existencia a base de inentendibles insultos y escupitajos. Y al levantar la vista al frente, notó con horror la presencia del guerrero que le aguardaba allí, espada en mano.

—Pick it up (Levántalo) —dijo aquel octavo concursante luego de que un soldado de la concurrencia le arrojara al condenado una espada a sus pies, y cuando este descubrió el artefacto del cual debía valerse, sus lágrimas brotaron con mayor ahínco, la mucosidad a brotar con apremiante intensidad y su espanto a emanar un hedor cálido y perceptible a olfato del enemigo, cuyo entrelazo con su propia orina no hizo más que acrecentar la diversión de todos los presentes—. It's just a courtesy, I'll kill you anyway. You can die like a man, or you can just die, it's your call. (Es solo una cortesía, te mataré de todas formas. Puedes morir como un hombre, o puedes simplemente morir, es tu decisión.)

—No lo hagas... por favor... —exclamó el condenado con una pena que le dificultaba siquiera esbozar palabra, pero no le quedó más alternativa que aferrar la espada del suelo e incorporarse de un salto cuando su victimario comenzó a caminar hacia él—. ¡Atrás! ¡Atrás! —gritó como un desposeído mientras lanzaba

tajadas en el aire como si intentara espantar a las moscas; esto provocó que la algarabía general se acrecentara, a tal punto que algunos soldados no pudieron evitar desplomarse en el suelo, producto de tan doliente contracción abdominal. —Kill! Kill! Kill! Kill! Kill! (¡Mata! ¡Mata! ¡Mata! ¡Mata! ¡Mata!) —El público estalló impaciente y exigió a viva voz su muerte, una y otra vez, como un martillo insistente quebrantando su cráneo.

Y sin más, el octavo concursante se apresuró a su encuentro, elevó su arma y realizó cuatro movimientos ofensivos y extremadamente veloces que enmudeció al arrebató general. La expectativa mantuvo en silencio a la muchedumbre, hasta que esta no pudo evitar estallar en un frenesí de euforia célebre como si intentara hacerse oír en todo el continente.

Los concursantes que antecedieron a aquel espectáculo habían maravillado y alimentado el entretenimiento ante ejecuciones dignas de quienes consideran tal oficio como un arte, y la mejor hasta el momento había sido una conformada por una decapitación seguida de una patada aérea y giratoria, todo establecido por un mismo movimiento, la cual arrojó la cabeza de su víctima al desespero de los espectadores por aferrar en el aire semejante trofeo; pero el octavo cazador logró destronar al poseedor de dicho logro con su ejecución, la cual consistió en cuatro veloces tajadas conformando un rectángulo con la figura en pie de aquel sujeto. El condenado abrió bien los ojos por última vez esbozando una expresión definitiva y total de terror, desencajando su mandíbula a más no poder y ahogando un grito que jamás llegó a emitir; ni siquiera sintió la afilada hoja de su enemigo penetrar su plexo y escapar por el otro lado, pues ya había sucumbido ante la segunda muerte antes de que su cabeza, sus brazos y sus piernas se desprendieran al unísono de su cuerpo, aún sujeto en el aire por la espada, y se desparramaron en el suelo ante un flujo violento y desenfrenado de sangre escapando por sus cinco orificios.

—No lo entiendo, ¿dices que tú has vencido al campeón Atila? —preguntó un soldado raso de pellejo oscuro como la noche y ojos blancos como fantasmas, rasgos fuertemente acrecentados por las sombras danzantes de aquella fogata a sus pies, mejillas plagadas de escaras, cráneo rapado al ras hasta la altura media en la que se desprendía una cola de caballo cual penacho, labios carnosos, nariz ancha y aplanada y dos orificios en los lóbulos de cada oreja del tamaño de un puño. Su nombre era Shaka Zulú.

—No aquí, imbécil —respondió Flavius Aetius con hastío, otro guerrero de rango inicial y de prominente barba trenzada por entre pequeños fragmentos de hueso, extensa y puntiaguda nariz, ojos cuya oscuridad detonaban perpetúa concentración y el cabello castaño, corto y descuidado—. En el otro reino.

—¿En vida?

—Así es. —Hizo una pausa para propinarle un bocado a su ración de carne.

—¿Has sido el responsable de su primera muerte? —preguntó otro soldado raso, un guerrero de barba negra desprolija y en abundancia, cabello largo del mismo tinte con extensos e imposibles nudos cual trenzas dispares y una característica muy peculiar, establecida por una cicatriz en la mejilla derecha con la forma de una cruz cristiana. Aquel guerrero respondía al nombre de Tancredo.

—No, pero he conseguido que él y todo su ejército huyeran con el rabo entre las patas. —Aquella respuesta no provocó más que una desafortunada carcajada por

parte de aquel cuya tez le asemejaba a una sombra con dos inmensos faroles encendidos, y dicha burla que dejaba al descubierto los restos de comida en su amarillenta dentadura provocó en Flavius cierto temblor, producto de su repentino rencor.

—Las ironías del destino nunca dejan de resultarme curiosas... —esbozó Shaka aun entre divertidas convulsiones—. Le has derrotado en vida, y ahora es campeón de *Morghhtalys* mientras que tú no eres más que un triste soldado raso.

—Cierra la boca.

—Encima llevas aquí más tiempo que todos nosotros juntos, y aún sigues en el rango inicial.

—Te lo advierto —dijo Flavius con la ira a punto de hacer ebullición, procurando no dejar al descubierto sus colmillos.

—Deja de fastidiar Shaka —objetó el cuarto guerrero de aquellos cinco que establecían aquel círculo, un soldado del mismo rango inicial de tez tostada y plagada de cicatrices en todo el rostro, nariz aplanada y dividida por una cicatriz transversal, labios hundidos y carnosos, ojos claros e inexpresivos, cráneo rapado y cabello largo de extensa trenza en la parte media de su tonsura que descendía hasta el cuello; aquel guerrero respondía al nombre de Thorir Toresson.

—Takada lleva aquí menos tiempo que todos nosotros y, aun así, posee el título de comandante —dijo el oscuro guerrero de nacionalidad africana, extendiendo una mano hacía el quinto miembro del grupo el cual yacía recostado e indiferente a aquella plática, un cazador cuyo rango de tres tajos se encontraba a miles de muertes de distancia del de todos ellos—. Dime Flavius, tú eras un general, ¿no es así? De seguro estabas acostumbrado a dar órdenes en vez de recibirlas. ¿Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tu palabra fuera ley? ¿Qué se siente que ahora no valga ni la mierda que llevas en la suela de tus botas? —Y dichas palabras, eclipsadas por una irritante sonrisa fanfarrona, fueron la gota que rebalsó el vaso.

—¡Di una palabra más! ¡Anda! ¡Atrévete! —El temple del ex general romano explotó cual volcán y provocó que se incorporara de un salto, espada en mano, la cual apuntó hacía el guerrero africano—. ¡Di una palabra más y juro por nuestra diosa que del próximo que me alimente, será de ti!

—Envaina tu espada Flavius —ordenó Takada Genbei, aquel guerrero de las tres marcas cuyos rasgos asiáticos resaltaban ante sus pupilas clausuradas, producto de su desinterés en aquella plática. A excepción de su cicatriz con forma de equis ofuscada por debajo de su rango en la mejilla izquierda, la totalidad de su rostro yacía impoluta de cualquier signo de deterioro, desgaste o intromisión guerrera, cualidad que no dejaba de maravillar a quien se topara.

—Comandante, usted ha sido testigo del escupitajo a mi honor.

—Envaina tu espada —repitió cada palabra con paciente pesadez provocando que, antes de terminar su frase, aquel soldado obedeciera al pie de la letra y se sentara nuevamente frente a la fogata, sobre la cual se encontraban asando sus raciones. Aquello no había provocado más que otra risa, la cual Shaka se esmeró por contener clausurada entre sus labios como quien intenta contener un portentoso estornudo—. Y a ti más te vale envainar tus palabras —dijo ahora al guerrero africano con voz apagada, mientras acomodaba sus manos por debajo de su cabeza—. Tienes prohibido mencionar palabra alguna hasta que nos

marchemos, bajo pena de amputación. Eres ambidiestro, así que no tendrás problema si te rebano la izquierda o la derecha, ¿no es así? —Aquel soldado raso a punto estuvo de responderle, pero contuvo a tiempo sus palabras, y no hizo más que permanecer profundamente callado y con la mirada resentida clavada en la fogata enfrente de él, reaccionando únicamente para darle un nervioso bocado a su porción.